

¡Tres nuevos éxitos!

El número especial dedicado a  
ÁNGEL GUIMERÁ  
publicando el famoso drama

*Tierra Baja*

El tercer libro de la  
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

*Bajo las garras  
del oro*

y el sexto libro de la biblioteca  
*Los Grandes Filmes*

*Una mujer  
de París*

de las ediciones de  
*La Novela Semanal  
Cinematográfica*  
¡NO LOS OLVIDE!

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARASCONA



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Nº 107

50 cts.



EL  
MILAGRO

por  
Betty Compson  
y Thomas Meighan

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 107

---

---

# El Milagro

POR

Thomas Meighan y Betty Compson

---

Paramount Pictures Corporation

---

Concesionaria: SELECCINE, S. A.

Ronda Universidad, 14-Barcelona

---

Real Programa Ajuria

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
LOIS WILSON

---

Argumento de la película de dicho título

---

---



# EL MILAGRO

---

---

En el corazón del viejo Nueva York, a cinco minutos escasos del centro de los negocios, se levanta la sórdida, extraña y siniestra ciudad china, nueva corte de los milagros nacida como un cáncer en la más poderosa y rica de las metrópolis modernas.

Allí el crimen acecha a cada esquina, el vicio reviste las formas más bajas y abyectas, pero adviértese también por encima de las acciones reales el anhelo de presentar en espectáculo sus lacras y miserias.

Los malos hábitos hacen presa en todos, y apenas los niños dan sus primeros pasos, ya saben alargar la mano para robar.

No cejan en su celosa vigilancia los agentes secretos y los policías, y así se evitan ciertas hazañas... aunque no todas.

Un día, un auto car se vió precisado a detenerse frente a una taberna de aquellos barrios, para dejar pasar un gesto irónico de la naturaleza: un pobre lisiado que se arrastraba penosamente por el suelo del arroyo.

Tres viajeros se apearon del coche y después de ver desaparecer al pobre hombre por la puerta de una escalera junto a la taberna, entraron en ésta.

Aquéllos, eran: un matrimonio feliz y cuya edad no debía de ser inferior a los 60 años; y un apuesto joven de simpático aspecto.

El motivo de apearse era, para el matrimonio, el de que la señora se repusiera de la emoción que había recibido al ver al desgraciado tullido, y, para aquel joven, el de tomar algún refresco en la taberna pues estaba sediento.

En el establecimiento, sentados alrededor de un velador vacío, hallábanse una mujer y un hombre, dos notas más desagradables a todo bien nacido, dos seres de dudosa conducta.

A un gesto del hombre, la mujer se dispuso a obedecerle.

El hombre, entonces, *obligó* a la mujer a que fuera a sentarse al velador ocupado por el aludido apuesto joven, y ella lo hizo; pero éste no quiso acceder a su pretensión.

La mujer, chascada, volvió al lado del hombre que parecía dominarla, quien, echándole en cara que no ponía buena voluntad en el *trabajo*, la golpeó brutalmente.

El matrimonio,—que vió todo eso—asustóse a la par que llenóse de compasión hacia la mujer maltratada.

El apuesto joven, en cambio, se levantó de su silla y acudió en defensa de la infeliz apartándola, con fuerza que no dejaba duda de su superioridad, del hombre salvaje.

La mujer lloraba amargamente.

El matrimonio se acercó a ella y la señora sintió deseos de consolarla.

—Dispéñeme, señora, pero no debe usted acercarse a esa gente—permitióse decirle el noble joven.

—Marta... Es una mujer mala —añadió en voz baja el señor a su esposa.

La señora, mirando indignada al bruto que pegó a la desventurada muchacha, le reprochó su conducta con estas palabras:

—Si no existieran hombres como tú, egoístas sin corazón, jamás habrían mujeres como esa.

La desamparada agradeció con sus ojos en llanto la bondad de aquella señora, y le preguntó:

—Señora... ¿tiene usted una hija?

El matrimonio recordó... Tuvo una hija, sí... había muerto... pero nunca se apartaba de ellos... y cuyo retrato, colocado en un medallón, llevaba siempre junto a su corazón la respetable señora.

—Tuve una hija, sí—contestó ésta a la muchacha—. Mírela... —añadió mostrándole el retrato.

La infeliz miró a la joven del medallón y suspiró.

—También yo fuí como ella... en un tiempo... lozana y fresca igual que ella... ¡Ay, aquellos tiempos ya no volverán!...

Y se puso a llorar con más dolor que antes.

Tanto, que los dos bondadosos viejos se sintieron contagiados de la pena de la pobre muchacha y una ternura paternal invadió su ser hasta hacerles brotar gruesas lágrimas...

El joven que había salido en defensa de la desgraciada, inició la muy laudable idea de apartarla de aquella desastrosa vida, entreándole algunos billetes.

Los viejos aprobaron la idea expuesta en forma tan práctica por aquel joven, y el señor,

en su nombre y en el de su esposa, echó mano a su cartera y dijo a la cuitada:

—Le vamos a dar una buena suma de dinero para que pueda dejar esta vida.

Diciendo esto, sacaba de su billetero unos cuantos papeles de bastante valor.

La sin ventura se resistía a tomar ese dinero pero fué vencida por la tenaz insistencia de los admirables viejos.

Estos eran ricos y, protegiendo de aquella suerte a la muchacha sin cariño, parecía que viesan a su hija darles las gracias desde el Infinito por sacar del lodo a una desgraciada, por amor a la memoria de ella.

Una vez tuvo la muchacha el dinero en sus manos, el joven y los nobles viejos le indicaron la necesidad de que se marchara en seguida de aquel establecimiento para ponerse fuera del alcance de su odioso explotador, para siempre.

Así lo hizo la agradecida joven y, ya en la calle, vió a una pobre alcohólica zigzagueando frente a la taberna.

Compadecida del vicio de esa desgraciada, tuvo el impulso de darle un billete de banco para hacer con ella lo mismo que los turistas habían hecho, o sea: ayudarla a salvarse de la misera vida que arrastraba, pero se retractó en el acto y guardó el dinero, limitándose a

acercar a un farol a la ebria mujer murmurándole al oído:

—Anda, vete. Que viene un policía.

Y, después de decir esto, la muchacha desapareció por la misma escalera en que poco antes había entrado el tullido que hizo suspender unos momentos el tráfico de la calle.

En el establecimiento de bebidas, el joven que con su gesto incitó a los viejos a favorecer a la desválida, se presentaba a éstos entre gándoles su tarjeta, en la cual había escrito:

*Juan E. Martín*

*Director del Departamento de compras*

*Sociedad de Aprovisionamientos*

*Mc Commack*

*ALBANY*

La feliz pareja también se dió a conocer al joven y se separaron allí mismo como verdaderos amigos.

Poco después, el joven en cuestión también se introdujo en la escalera de marras.

??

Sí, se trataba de una banda de vivales y su organización no dejaba nada que desear.

El joven apuesto—como así hemos dado en denominarle hasta ahora—se llamaba Thomas Burke y su profesión era sencillamente la de jefe de unos pillos.

Estos eran, además de él, tres, a saber: Cla-

velillos, la muchacha sin ventura, desgraciada, sin amparo, desválida, y todos los adjetivos con que la hemos calificado; el «Rana», el tullido apócrifo que interpretaba su papel a las mil maravillas; y el «Mochales», el que hacía de pincho de Clavelillos.

La banda se reunía después de cada golpe, y esta vez también lo hicieron.

Thomas, apareciendo cuando sus tres socios ya se encontraban en el piso de los conciliábulo, díjoles frotándose las manos de gozo:

—Este truco de la dislocación decididamente es un lleno. No hay ninguno que se resista.

Los subordinados aprobaron con gestos extravagantes y maliciosas sonrisas.

—Clavelillos, esta noche fué función de gala—añadió Thomas—. Pronto, parte en dos el rollo de los pápiros. Ese perro amarillo va a presentarse ahora, para reclamar la parte de la casa.

Clavelillos dividió el dinero, guardóse una parte en lo alto de la media, y el resto en su bolsillo.

Como lo había previsto Thomas, el chino que administraba los intereses del establecimiento donde tuvo lugar el juego entre «El Mochales» y Clavelillos, se presentó a la banda para recoger su parte, y como viera, al entrar en el piso, que Clavelillos había escondido

algo debajo de la falda, se la levantó cuando vió lo que ella le entregaba como comisión, convencido de que *se la querían dar con queso*.

Thomas cogió por el pescuezo al chino y le obligó a marcharse con lo que le habían entregado.

Así lo hizo aquél, pero se detuvo en el pasillo de la escalera y aplicó un ojo al idem de la cerradura para espiar como Clavelillos se levantaba de nuevo la falda y se quitaba de la media los billetes que le habían ocultado para que su parte fuera menor.

Clavelillos, que no era tonta, sospechó que el chino estaba al acecho detrás de la puerta y con mal instinto introdujo un alfiler de sombrero en el ojo de la cerradura con dirección al rostro del espía. Afortunadamente para éste, el alfiler sólo agujereó su sombrero.

En vista de ello, el chino se disponía a marcharse, renunciando a seguir exponiéndose a recibir un pinchazo, pero antes de que hubiese salido del pasillo, Thomas, abriendo la puerta casi al mismo tiempo que Clavelillos había introducido el alfiler en el fieltro de aquél, lo volvió a agarrar por el pescuezo y lo levantó sobre el hueco de la escalera arrojándolo por esa línea directa a la planta baja.

Recobrada la calma, la banda se encerró en

su cuarto y se procedió al reparto de beneficios de una noche fructuosa.

Se hicieron cuatro partes las cuales fueron depositadas encima de la mesa.

El Rana, El Mochales y Clavelillos se apresuraron, una vez terminado el reparto, a adelantarse sus manos a lo que les correspondía, mas Thomas les prohibió tocar el dinero.

—Escuchad, hijos míos—les rogó, cubriendo con sus manos las cuatro partes.—Necesito la pasta para un negocio magnífico que me revolotea en el magín. Conque, dejar a papá que *chanela* largo esas cosas.

En los tres compinches de Thomas se pintó la desconfianza.

Clavelillos dijo, al fin, a Thomas:

—Bien, explícate, que se sepa la *grrran* idea.

—Escuchadme, pues. Os voy a leer un artículo de este periódico.

Y empezó:

#### EL HACEDOR DE MILAGROS

*Desde la pequeña y humilde aldea de Bella Esperanza, llega a nuestro conocimiento una noticia que revela que la credulidad y la inocencia humanas siguen tan firmes como en las pasadas edades.*

*Los naturales del país pregonan con orgullo y adoración las curas milagrosas del patriarca*

*cuya fama empieza a pasar del círculo limitadísimo en que se movía.*

*El patriarca es un ser curioso, de majestuosa apariencia, pero sordo, mudo y casi ciego; vive como un ermitaño en una casita modesta, rodeada de un pequeño jardín y a la cual so-*



En los tres compinches de Thomas se pintó la desconfianza.

*lamente llega el murmullo monótono del mar que a pocos metros rompe su fiereza en un acantilado imponente.*

—¡Eh! ¿Qué tal?—terminó Thomas.

—Bueno, ¿eso qué tiene que ver con nosotros?—preguntó Clavelillos desconfiadamente.

—¡Ah, ya te comprendo!—opinó «El Rana»—

Ese viejo farsante debe haber amasado una buena fortuna. Nos vamos allá, lo enfriaremos y nos apoderamos de la *guita*. ¿Esa es tu gran idea?

—No. Ese viejo no tiene ni un clavo. Lo único que tiene es fe. Fe, la más poderosa arma que hay en el mundo. Debemos ir allá y... ayudarle.

«El Rana», «El Mochales» y «Clavelillos» no parecían dar crédito a las palabras de Thomas y codiciaban su parte.

—No es un farsante ni estafador—prosiguió este último armándose de paciencia para convencer a sus afiliados.—Es un creyente, un fanático de la fe. Cree en su misión y se figura que hace bien a la humanidad.

—¿Entonces, según tú, no hay que esperar hacer con él alguna combina?—preguntó El Rana.

—No. Lo único que debe hacerse es conquistar primero la confianza del viejo bobo. Luego preparar un milagro.... anunciarlo con bombo y platillos. Y la pasta vendrá a chorros de las cuatro puntas de la nación.

—¿Cuál es el milagro que vas a poner en escena?—inquirió Clavelillos.

—Exhibición número uno: «El Rana», lleno de fe y compunción, se va a Bella Esperanza. Entrevista patética, nunca vista, del patriarca

y del aborto humano, y héteme que el hombre guñiapo, de repente, recobra la forma humana. Sensación... y la taquilla se abre para recibir los ingresos que desde este momento llueven.

—¿Pero tú crees que engañarás a la gente?... —dudó Clavelillos.

—Sí, el público acudirá como un bendito. La fe, Claveles, la fe es la panacea universal...

Los tres socios de Thomas no estaban convencidos aún y querían su dinero.

—No andáos con vacilaciones... Confiadme los *jayeles*. Para empezar bien, debéis también vosotros tener fe en el negocio.

Aunque no realmente vencidos por las palabras de Thomas, todos renunciaron a su parte para que él dispusiera del dinero a su comodidad.

Cuando «El Rana» y «El Mochales» se hubieron marchado, Clavelillos cogió el dinero y dijo a Thomas:

—Déjate de historias, rico... Con esta *guita* podemos hacer los dos grandes cosas.

Thomas, sonriendo y abrazando a Clavelillos, que era su novia... compañera inseparable desde algunos años a aquella parte, le contestó:

—Pocas ambiciones tienes, chiquilla. Con

este dinero ni para sacar tenemos de casa de la abuelita, las joyas de la familia...

—Pero...

—Claveles... a tí te hace falta un poco de fe, créeme.

—Anda, chiquillo, ven. ¿Te acuerdas de



— Pocas ambiciones tienes, chiquilla.

aquella mesa... aquella música... aquel baile castizo...? Recuerda cuando decías, al mirar aquellas mujeres tan postineras, que todas

juntas no valían lo que un piececito de tu chiquilla... ¿te acuerdas?

—Sí, Clavelillos de mi vida... pero cree en tu hombre, que un buen negocio os va a preparar a todos ahora. Y sé buena y obediente. Ya verás lo felices que seremos si el asunto no fracasa.

—Para ser felices, con estos billetes hay bastante... Volvamos a nuestra vida normal, chiquillo.

—Dame el dinero, dámelo... y ya verás lo dichosa que serás luego...

\* \*  
\*

BELLA ESPERANZA.—*Estación de último orden.*

*Los trenes se detienen solamente a la señal.  
Carreteras: en pésimo estado de conservación.*

*Hoteles: no existe ninguno.*

*Panoramas: encantadores.*

Thomas llegó en automóvil a este pueblo y casi todos los habitantes, que eran muy pocos, salieron a recibirle.

Thomas fingióse delicado de salud y preguntó si el clima era bueno allí.

—¿Si es bueno este país? Hace cuarenta años que no ha venido por acá ningún médico—le contestaron los pueblerinos.

—Me agradaría descansar en este pueblo unos días, si es que puedo encontrar donde alojarme.

Varias fueron las ofertas que recibió Thomas, en ese sentido, y también la recomendación del cartero mayor del pueblo, quien le dijo:

—Lo que le aconsejo, joven, es que vaya a ver a nuestro patriarca. El manda sobre nuestras almas y le dirá lo que tiene usted que hacer.

—He oído hablar de ese bendito ser y, la verdad, me gustaría verle... ¿Quieren acompañarme?

—Vaya, muchacho, vaya solo: no es necesario que crea usted la primera vez... Tenga so-

lamente la esperanza y lo demás vendrá solo. Suba usted por ahí y al final del camino encontrará su casita.

Thomas encaminóse al lugar indicado y a poco hallábase frente al patriarca.

No hubo necesidad de grandes esfuerzos para captarse la confianza de un hombre cuyo anhelo único y constante era difundir en torno suyo el amor, la esperanza y la caridad.

—*Estoy enfermo*—le escribió Thomas en un papel que a duras penas leyó aún el patriarca —*y sé que usted puede hacer el milagro de salvarme.*

A lo que repuso—por escrito también—el santo varón:

—*En mí no hay el poder de curar o de aliviar los males. Solamente hay una fe muy grande en los designios divinos y, al implorar la misericordia de Dios en favor de los que sufren, consigo algunas veces que el Omnipotente atienda mis ruegos.*

Y añadió en el papel, elevando, después de entregárselo a Thomas, sus ojos casi muertos al Cielo:

VUELVE, HIJO MÍO, PERO VUELVE CON FE, COMO UN NIÑO QUE JAMÁS CONOCIÓ EL MAL.

Thomas, satisfecho de su primera entrevista con el patriarca, volvió al pueblo y se hospedó

en casa del cartero mayor, desde donde escribió la siguiente carta a Clavelillos:

*Todo conforme a mis previsiones: un viejo de presencia magnífica. Lástima que no tenga una larga barba blanca. Pero no se puede tenerlo todo.*

*Sordo, mudo y pronto será ciego completamente. Eso significa que dentro de poco no podrá escribir ya ni una letra. Es cuando entonces tú apareces como la nieta suya para recibir a los creyentes y endosar los cheques.*

*Las cosas marchan a las mil maravillas. El cartero halló anoche en la Biblia del viejo loco un trozo de papel con la dirección de Carmen Bale (bonito apellido) y las palabras «Mi nieta». No puede resultar mejor la cosa. Me gasté cuatro mosquitos para obtener el dato.*

*Recuerda que tienes que desempeñar un papel de rigurosa ingenua. No te costará mucho componerte un rostro angelical. Te estoy esperando con impaciencia... Hace un mes que no veo tu sonrisa y la mirada de tus ojos, mi cielo y mi fe...*

P. D.—*Una mancha negra: un chiquito baldado auténtico. Corre por el pueblo entre muletas. Será necesario que lo quite de enmedio antes que se levante para el gran espectáculo que proyecto. La vista de ese lisiado quitaría la fe al más creyente.*

P. D.—*Deja a un lado la bebida y trata de asemejarte a la muchacha tímida y candorosa que yo conocí un día.*

*Thomas.*

La mancha negra mencionada por Thomas era un muchachito muy simpático y cariñoso a quien todos en el pueblo apreciaban mucho.

Con objeto de mandarle fuera del pueblo, cierto día Thomas, aprovechando el haber encontrado con el cartero mayor al niño caído al suelo, lo levantó y se hizo conducir por él a su casa para hablar con su familia de la que sabía que se reducía a su padre, hombre de mucha cultura pero alcohólico de remate.

—Perdóneme, señor, pero ¿por qué no ha llevado usted a su hijo ante este hacedor de milagros que tienen ustedes en el pueblo?

El padre del niño, muy altivo, contestó:

—Porque como hombre de ciencia que soy, no creo en esas idioteces del vulgo... Mi pobre hijo nació lisiado, y no hay poder en este mundo ni en el otro que le enderece las piernas.

Thomas ya sabía—por el cartero—que el alcohólico le contestaría en esta forma, reconociendo como debía reconocer que su hijo llevaba en él el estigma de su vicio fatal.

Satisfecho, por ese lado, Thomas insistió:

—Con mucho gusto pagaría todos los gas-

tos que le ocasionaría el llevar a su hijo a Nueva York, para ser examinado por un especialista.

—Quizá no lo parezca, señor—replicó el padre del niño—, pero soy yo mismo doctor y he ganado diplomas en las Universidades de Berlín y Viena.

De modo que, resumidas cuentas, Thomas no pudo conseguir que el estorbo para su plan desapareciera.

Clavelillos no tardó en llegar a la aldea de Bella Esperanza.

En opinión de aquellos que la vieron era un encanto de criatura.

El cartero mayor se encargó de conducirla a la casita donde vivía su «abuelo».

A la puerta de dicha casita se hallaba Thomas, que visitaba a menudo al patriarca, y el cartero presentóla a él sin la menor sombra de lo que eran ambos.

El patriarca, que aguardaba a su *nieta* con Thomas, a la puerta de su casa, entró en ella con Clavelillos, que le rodeaba el cinto con fingido cariño, y, a poco, cuando el cartero hubo desaparecido, Thomas siguió a aquéllos.

El patriarca sentóse, instintivamente, en su sillón, pues ya habíase apagado por completo la luz de sus ojos, y, sin que lo expresara su

pálido y triste rostro, agradecía íntimamente la llegada y las caricias de *su nieta*.

Thomas tomó aparte a Clavelillos y le aconsejó:

—Ahora debes comportarte bien. Para que podamos desempeñar bien nuestros respectivos papeles, debemos desde ahora, y en todo momento, llevar puestas nuestras máscaras de personas decentes.

—¡Oh!... Llevo en el baúl el disfraz conveniente—dijo Clavelillos—. Pero vine así, tan elegante, en el tren, porque no quería perder cualquier combinación que se me hubiere presentado.

—Ve, pues, a vestirme como le corresponde a la nieta de un santo. No... no fumes más mientras estemos aquí... Cuidado con los malos hábitos... no fueses a despertar sospechas...

—Bueno... pero procura que este juego no dure mucho...

—Sube a tu cuarto y date prisa en reaparecer transformada.

—Dame un beso, guapo mío.

—No, nada de besos aquí... Hemos venido para *trabajar* con mucha prudencia.

Clavelillos tomó posesión de su habitación, que no le gustó ni poco ni nada.

—¿Dónde está el cuarto de baño?—preguntóse, mirando a todas partes.

Y recibió como respuesta el desagradable hallazgo de una palangana insignificante. ¡Qué de sacrificios tendría que imponerse!

Siguiendo las instrucciones recibidas de Thomas, «El Rana» y «El Mochales» viajaban en el expreso hacia la aldea del patriarca, cada cual por su cuenta, para mejor disimular que se conocían.

«El Rana» se había contrahecho para ganarse la compasión de todos y, lográndolo, se apresuró a decir a los viajeros lo que sabía respecto al hacedor de milagros de Bella Esperanza.

Un caballero, mostrándose incrédulo a lo que contaba «El Rana», dijo a un viajero que tomaba notas con sumo interés, en quien creía reconocer a un periodista de la metrópoli:

—No es posible que crean en esas milagrosas curas que echan a volar las viejas comadres. Usted es un reporter del Nuevo Herald, ¿verdad?

—Sí, señor, y aunque eso parezca un cuento no deja de tener interés...

En un vagón particular unido al mismo tren viajaban Ricardo King, un poderoso magnate de los negocios y su hermana Clara.

Enterados de lo que se refería en el vagón en que viajaba «El Rana», lo mandaron llamar.

El reporter a que nos hemos referido antes

supo el interés con que el financiero y su hermana acogían el relato del «Rana», y opinó:

—Buen material para un suelto... Ese guiñapo humano va a hablar con Clara King, la cual hace doce años que está inmovilizada en un sillón de ruedas.

—¿King?—repitió el viajero que había dirigido antes la palabra al reporter—. Ese hombre tiene sus quince millones de dólares o yo soy un chino.

La hermana del financiero unió su fe a la que simulaba «El Rana» y dijo a aquél:

—Ricardo, por favor... llévame a ver a ese patriarca.

—No me opongo, Clara... Sin embargo...

—Yo creo en la omnipotencia de Dios.

—Bien, Clara, serás complacida.

—Señora, ¡creed! Eso es lo principal... Lo demás viene por sí solo—añadió «El Rana»

Y su labor fué tan fructuosa, que el expreso se detuvo en Bella Esperanza, y del tren descendieron corredores atentos a un posible negocio, turistas, buscadores de sensaciones, y alguno que otro también con una ignota esperanza en el pecho.

Thomas, al ver aquella gente, hinchóse de satisfacción, y cuando se le acercó, arrastrándose por el suelo, «El Rana», le murmuró:

—Todo marcha bien... mejor de lo que yo es-

peraba. Pero ese condenado chiquillo—añadió mirando al niño lisiado—nos va a estropear la función.

«El Rana» participó del temor de Thomas al ver al niño, Tom, y, con menos confianza que antes en el triunfo de sus planes, avanzó hacia



La presencia del Santo y la bondad reflejada en el rostro de Clavelillos...

donde estaba el patriarca con su nieta, avisados oportunamente de la manifestación de cre-

dulidad que le hacían al milagrero muchas personas.

La presencia del Santo y la bondad reflejada en el rostro de Clavelillos, produjeron un excelente efecto a los curiosos allí congregados.

Tom, viendo al Rana acercarse al patriarca, se puso a seguirlo a su lado y le sonreía como si quisiera estimularlo a tener confianza en curarse.

En mitad del camino el niño se detuvo y contempló como El Rana alcanzaba al venerable anciano.

El momento aquel resultó imponente.

Nadie osaba respirar...

Clara, la paralítica, oraba por que el milagro se realizara...

Thomas, El Mochales y Clavelillos se reían por dentro del asombro que iba a causar a toda aquella gente la curación del Rana que cumplía magistralmente su cometido.

En efecto, un vaho de temblorosa admiración ascendió a las alturas de los pechos de todos los espectadores, cuando «El Rana», tras brillante «trabajo», incorporóse completamente curado.

Entonces, el niño, sonriendo siempre, sintió deseos de reunirse con «El Rana» y, entre el silencio más emocionante del mundo, se le vio

abandonar una muleta, dar unos saltitos apoyándose en la otra, y, finalmente, abandonar ésta también y echar a correr, después de enderezar sus piernas, hacia el patriarca, a cuyas piernas se abrazó.

La banda de los cuatro vivales recibió la



...cuando «El Rana», tras brillante «trabajo», incorporóse completamente curado.

sorpresa que se supone y reconoció que era posible que hubieran milagros.

Mas aun hubo más.

Clara, la paralítica, se levantó, de súbito, de su silla, y como fanatizada por el patriarca fué a postrarse a sus plantas.

«El Mochales», que era el único que no sabía la autenticidad de la lisiadura de Tom, dijo a Thomas, felicitándole:

—Ha sido una gran idea la de traer a ese chiquillo.

Y cuando supo la verdad, sintió como «El Rana» y Clavelillos el temor de Dios.

Pero Thomas no estaba para perder el tiempo y, poniéndose todos de acuerdo en la casita del patriarca, dijo:

—Ahora voy a iniciar yo el movimiento de «endiñando pasta» entregando un cheque de veinticinco mil «machacantes.»

Y firmó un cheque por esa cantidad delante del financiero que, con su hermana, estaba también allí para dar las gracias al patriarca.

Ricardo aplaudió el gesto de Thomas y, previa presentación a sí mismos, dijo:

—El señor Burke ha dado ahí una excelente idea. Ese fondo permitirá a la gente menesterosa acudir a este pueblo para curar sus males.

Mientras su hermano firmaba otro cheque, Clara decía a Clavelillos:

—¿Sabe usted, señorita, que es el símbolo más perfecto de cuanto puro, limpio, delicado y verdadero hay en el mundo?

Clavelillos posó sus lindos ojos en el suelo

y agradeció las amables palabras de Clara sin osar mirarla.

En esta postura fué contemplada con admiración por Ricardo... y Clara sonrió a una idea que la haría feliz...

Todos salieron a despedir a los ricos her-



Todos salieron a despedir a los ricos hermanos y éstos expresaron, una vez más, su gratitud infinita al patriarca.

manos y éstos expresaron, una vez más, su gratitud infinita al patriarca.

Thomas dijo, luego, a sus compinches:

—El señor King cree en cantidad de 50.000 dólares. ¡Si todos tuvieran una fe semejante!...

También el niño antes lisiado quiso entregar su óbolo para los fines benéficos a que se había referido el financiero... pero Thomas, sobre no aceptárselo, le puso en la mano una moneda de oro de las depositadas encima de la mesa por otros admirados creyentes.

Al enterarse de que un periodista había presenciado aquel caso insólito de curación de enfermos, Thomas se preguntaba desconcertado por tanto éxito:

—¿Por qué el Cielo me colma de bondades? ¿Qué he hecho yo para merecer tanto beneficio?

\* \*  
\* \*

El vagón particular de los hermanos King quedó «varado» en el andén lateral donde cre-

cía el musgo, y Clara empezó a sospechar que la varita mágica de los milagros había tocado también a su hermano.

—Mientras más la vemos, mayor es nuestro deseo de amarla, ¿verdad?—le dijo unos días después de haber conocido a Clavelillos y haber trabado amistad con ella—. Dichosa la hora en que vinimos a este país. Hasta mi hermano, mi cínico hermano, que nunca creyó en nada, cree ahora en esa muchacha, todo pureza y candor.

Ricardo asintió con la cabeza.

Clavelillos llegaba en este momento junto al vagón y hasta ella llegó la conversación de los dos hermanos, que terminó así:

—Oh, Ricardo, en todo el mundo no encontraríamos una muchacha tan delicada, más dulce... más encantadora que Carmen.

Clavelillos se dijo:

—Esa soy yo... Vamos, será necesario que echemos abajo todo el maquillaje. La inocencia y el candor difícilmente toleran el colorete y los labios pintados.

Cuando lo hubo hecho, entró en el vagón.

Thomas, entretanto, preguntaba al «Rana» por Clavelillos.

Y supo donde estaba.

Y, aunque pensara en ello, no quiso Thomas dar crédito a que había peligro para su amor



Tom, viendo al "Rana" acercarse al patriarca, se puso a seguirlo a su lado y le sonreía como si quisiera estimularlo a tener confianza en curarse.

con Clavelillos, en las entrevistas de ésta con los ricos hermanos.

Clara, cual una hermana, decía a Clavelillos, en ausencia de Ricardo que se había marchado del interior del vagón, so pretexto de fumarse una pipa, para que las mujeres pudiesen hablar a solas:

—No puede usted imaginarse lo cambiado que está Ricardo, desde que vino aquí... Era antes tan duro, tan cínico... particularmente con las mujeres, que no ceso un instante de dar gracias al Cielo por el milagro que ha obrado... Dice mi hermano que usted le ha devuelto la fé en las mujeres. Necesita a su lado constantemente una persona a quien pueda honrar, y en quien pueda confiar ciegamente... como confía en usted.

Clavelillos no pudo contener sus lágrimas y, tras murmurar breves palabras de gratitud por el cariño con que era tratada, se marchó hacia la casita del patriarca.

Ricardo se entristeció al verla partir sin contestar a las insinuaciones de Clara, y ésta le consoló con el consejo de la esperanza.

«El Mochales», sabedor de las buenas relaciones que Clavelillos tenía con los hermanos King, fué a decir a Thomas, que esperaba a su compañera a la puerta de la casita del patriarca:

—Espero que no desperdiciaremos la ocasión de darle un golpecito a ese millonario.

Pero Thomas rechazó su idea:

—Nada de violencias con ese muchacho, mientras dure la función.

\* \* \*

La fama de Bella Esperanza y de su patriarca, pregonada por las trompas ruidosos del periodismo, atrajo al delicioso lugar a una muchedumbre anhelosa y expectante.

Y el Banco de Thomas Burke empezó a llenarse con las ofrendas generosas de muchos ricos que habían acudido en busca de un alivio a sus males.

Todos los días, después del «trabajo», la banda celebraba una reunión y se procedía a distribuir entre sus miembros alguna que otra joya como anticipo sobre lo que le correspondería a cada uno en la liquidación final.

Pero «El Rana» ya no era el mismo, ni «El



«El Rana» cuidaba al patriarca con verdadero cariño...

Mochales» tampoco, ni mucho menos Clavelillos.

«El Rana» cuidaba al patriarca con verdadero cariño y, además, había conocido en el pueblo a una anciana que vivía sola y a quien se le había muerto un hijo en el que confiaba

para la vejez, y la ayudaba en las labores pesadas.

El trato de la abuelita le gustaba tanto, que llegó un día que «El Rana», abrazándola cariñosamente, cual si lo hiciera a su madre, que perdió años atrás, después de su padre, le dijo:



—...Tenga V. fe, mucha fe, y quizá vuelva V. a tener a su hijo.

—No desespere, señora... Tenga usted fe, mucha fe, y quizá vuelva usted a tener a su hijo.

Por su parte, «El Mochales» había conocido a una linda muchacha de la aldea y por tenerla siempre a su lado trabajaba en el campo de su padre, que lo era el cartero mayor.

Muchas veces, «El Rana» y «El Mochales»

contemplaban en silencio al patriarca cuya bondad les desviaba del mal camino, y se preguntaban por qué no lo conocieron antes.

En cuanto a Clavelillos, no comprendiéndose a sí misma, dijo un día a Thomas:

—¿Qué sucede conmigo?



...“El Mochales” había conocido a una linda muchacha...

—Anda, muchacha, que eres una infeliz. Que lo que necesitas es quitarte de preocupaciones y darte un hartazgo de buena vida.

—Realicemos las ganancias y vámonos ya de este agujero.

—No, mientras el dinero afluya tan fácilmente.

—¿No has oído nunca decir que la codicia rompe el saco? Déjate de mayores ambiciones y escucha la voz de la razón y de la prudencia.

Thomas comprendió que sus camaradas y



...y se preguntaban por qué no lo conocieron antes.

Clavelillos eran diferentes, que poco a poco los estaba perdiendo, mas la infernal codicia que ardía en su pecho predominó sobre todos los demás instintos, y le afirmó en su voluntad de permanecer en la brecha de oro.

Inopinadamente, un día, Ricardo fué a expo-

ner a Clavelillos un proyecto, y lo hizo delante de Thomas y sus camaradas.

—Mi idea es establecer un fondo, con su correspondiente junta de Directores para recibir, administrar y manejar los productos de las recaudaciones, hacer las cosas en forma que la más leve sospecha no pueda jamás empañar el sagrado buen nombre de esta Obra de Caridad. Aquí están los papeles para la constitución de esa Junta...

Thomas fingió que la idea era muy razonada, pero así que Ricardo se hubo marchado, dió órdenes a Clavelillos, y con gran sorpresa suya, ésta se rebeló ante la idea de ser ella quién fuera a disuadir a aquél de sus propósitos con respecto al fondo.

Sin embargo, Thomas apeló a la persuasión:

—Anda, ve, cariñito mío. El hará lo que tú quieras. Una sola palabra tuya deshará todo su andamiaje de buenos propósitos... Ve a verlo antes de que haya comunicado a nadie su idea.

Clavelillos obedeció y, al encontrarlo, dijo a Ricardo:

—No creo que debemos ni siquiera pensar en que esas cosas tienen que estar bajo la salvaguardia de ningún Comité. Es sentar a la cosa un carácter comercial. ¿No cree usted que

hay por encima de todos nosotros algo superior que se cuidará de que todas las cosas se hagan con arreglo a la más estricta justicia?

Ricardo, confundido por la observación de Clavelillos, le contestó:

—Tiene usted razón, señorita. Me ha avergonzado usted. Estoy demasiado acostumbrado a esa vida odiosa que usted por fortuna desconoce, a sus experiencias amargas, para poder quitarme, de un momento, todos esos viles sentimientos de desconfianza que constituyen mi coraza habitual. Perdóneme, señorita.

Decididamente, Clavelillos mandaba en Ricardo... y ella iba de desconcierto en desconcierto...

«El Rana» objetaba, entretanto, a Thomas:

—Sabes, has estado muy frío con ella... Sería necesario que la animaras un poco. Es una muchacha tan sensible...

—Otro milagro del patriarca—repuso Thomas...—Te estás volviendo inteligente.

Y cuando volvió la compañera, Thomas le dijo:

—Buen trabajo, Clavelillos, buen trabajo. Todo lo debemos a tí... Eres una buena muchacha y ya sabes cuánto te queremos todos.

En ese momento, «El Mochales» recibía la mayor alegría de su vida de labios del padre

de la mujer que amaba, quien le decía para que venciera su timidez:

—¿Por qué no le dices cuatro cosas a esa hija mía? ¿No ves que está reventando por oírte?

Y no se lo hizo repetir, formalizándose desde



Pero «El Mochales» hizo también otra cosa...

entonces sus relaciones amorosas con ella.

Pero «El Mochales» hizo también otra cosa, tomándola como base de su felicidad: la honradez, devolviendo todo cuanto le había tocado en anticipo de las ganancias de aquel ne-

gocio, y pidiendo perdón al patriarca por sus errores hasta entonces.

«El Rana» le contempló con satisfacción, felicitándose de que su camarada hiciera lo mismo que él había hecho antes, cuando se decidió a ayudar a la abuelita cariñosa y maternal.

A lo largo de los subsiguientes días estivales, en un cuadro de inefable belleza, Clavelillos tuvo una sorprendente revelación. El amor discreto y respetuoso de Ricardo le hizo conocer un mundo de ideas y de seres muy distinto al que había conocido hasta entonces.

Y en los brazos de aquel hombre de quien antes se burlara, hallaba consuelo para su corazón.

Y Thomas, atónito, asistió a la más maravillosa de las transformaciones. Clavelillos volvía, sin afeites y sin artificios, a aquellos tiempos en que era una flor lozana y pura. Aquella sonrisa, cínica, de sus labios pintados, había desaparecido, y ahora su reír, franco, infantil, se desgranaba como un canto de vida y de juventud.

Ahora tenía el aire de mujer candorosa, no sólo para Thomas sino para todos... Prueba de su cambio radical era el asedio constante de Ricardo que creía haber encontrado en ella a la mujer más virtuosa del mundo.

Y comprendió que el dinero no lo era todo en el mundo... que por encima de la ambición y de la codicia había otros sentimientos más tiránicos y absorbentes.

Cierta tarde, cuando el sol se ocultaba detrás del mar, Thomas esperaba a Clavelillos.



Y en los brazos de aquel hombre de quien antes se burlara, hallaba consuelo para su corazón.

«El Rana» le vió y se le acercó para decirle:

—Se ha ido con el ricacho en su yate de recreo. Es un hombre honrado y la quiere... La quiere de una manera decente.

Colérico, Thomas, por toda respuesta, dió un manotazo al «Rana» que le hizo caer al suelo.



En efecto, Clavelillos y Ricardo daban un paseo en el mar. De pronto, el yate quedó apresado en el agua y Ricardo se apresuró a explicar a aquélla lo que ocurría:

—Hemos varado en un banco de arena y la marea está baja. Tendremos que esperar hasta mañana para que la marea nos saque de aquí.. Y pensar que yo seré la causa de que sufra su reputación, señorita, cuando en el pueblo se enteren...

Clavelillos aseguró con la mirada a Ricardo que no dudaba de su caballerosidad, y él, mag-

netizado por ella, posó sus manos sobre sus hombros, y con voz apasionada le manifestó:

—No puedo decirle, en una ocasión como esta, el sentimiento que usted me inspira, señorita; pero no debe usted temer nada.

Y en aquella conciencia, donde la luz se ha-



Aquella sonrisa, cínica, de sus labios pintados, había desaparecido, y ahora...

cia, surgió la imagen del remordimiento y de la desesperación. ¡Qué no diera la desventurada por tener el derecho de temer algo en el mundo!

Fijo en el deseo de no perjudicar la reputa-

ción de Clavelillos, Ricardo se asió a una idea que se le ocurrió.

—Iré nadando hasta la orilla para buscar socorro.

—Y usted me dijo esta mañana que una docena de brazadas era el máximo que podía



Prueba de su cambio radical era el asedio constante de Ricardo..

aguantar.

—Cuando un hombre debe hacer una cosa, no puede retroceder.

Y Ricardo se hubiese arrojado al agua si Clavelillos no le gritase que no la abandonara, por lo que pudiera ocurrirle.

Los asombros de la muchacha transformada no terminaron en aquella noche. Era pasmoso en efecto, para ella, encontrar un hombre que fuera dueño absoluto de sus pasiones y de sus deseos...

Por su parte, Thomas pasó una noche es-



—No puedo decirle, en una ocasión como esta, el sentimiento que V. me inspira...

pantosa, de infinita tortura. La armadura de acero de que revistiera su alma había saltado en mil pedazos y quedaba el hombre dolorido, indefenso y atormentado, herido cruelmente, en una fibra muy honda que siempre había ignorado.

—Calma, Tomasito, calma—se aconsejaba al día siguiente—.Lo único que ha sucedido es que me he pasado de listo y me he engañado a mí mismo... Yo me he portado bien, realmente bien, mientras que ella... ¡Pero no va a pertenecer a nadie más que a mí!

Sin embargo, su dolor era tan hondo, que no pudo vencerlo y exclamó, rompiendo a llorar:

—¿Para qué le sirve a un *gachó* ganar todo este dinero, si ha de perder a su mujer?

Luego, iracundo, levantóse del sillón donde pasó la noche, al ver al patriarca, y le voceó:

—Anda, haz un milagro. ¡Tráelos aquí a los dos, y hazlo de modo que pueda enviarlos a los dos al infierno!

Mas el venerable anciano, como si adivinase la agitación de Thomas, lo atrajo a sí y al contacto de sus manos el incrédulo se serenó y volvió a llorar como un niño.

A poco de esto llegó Clavelillos. «El Rana» y «El Mochales», al corriente de la cólera de Thomas, se aprestaron—a prudencial distancia—a defenderla de sus amenazas, si él daba motivo para ello.

Clavelillos, que no tenía nada que reprocharse, se presentó con la frente muy serena a Thomas.

—Comienza la función y haz que el diálogo sea bueno.

Clavelillos empezó contando la verdad, y Thomas la interrumpió:

—No continúes. Acabarás realmente por creer que eres una muchacha inocente y vir-



—Anda, haz un milagro. ¡Tráelos aquí a los dos!...

tuosa.

—Sí lo soy... quiero serlo...

—Bueno. El te tiene ya, el miserable, pero le va a costar lo suyo.

—Mientes, y me ofendes. Ricardo es un caballero...

—Te digo que lo voy a matar, a hacerlo pedazos con mis propias manos.

—Déjame... Me haces daño... Suelta...

—Te has burlado de mí... y nada me importa ya, ¿lo oyes, pérfida, lo oyes? En mala hora puse en tí mi querer... Y poco me costaría cas-



—Comienza la función y haz que el diálogo sea bueno.

tigarte, arrancándote el corazón. Contesta, mala mujer, contesta... defiéndete... Te has vendido... ¡Qué asco!

Fuera de sí, Thomas brutalizó a Clavelillos y ésta, resignada, se deshizo en llanto desgarrador.

Entonces, arrepentido, Thomas lloró con ella.

—Mi Clavelillos... ¿no ves que me muero por tí? ¡Te quiero, Carmen, te adoro!

—Tú no sabes lo que es querer, Thomas, ni lo has sabido nunca... Tu querer no es más que un mal deseo, un pecado y una abyección.

—Ese querer te hizo un día feliz, Clavelillos, y volverás a serlo.

—Thomas, tengo que decirte una cosa: he aprendido lo que es el querer verdadero de un hombre.

—¿De él?... ¿De él lo aprendiste, no es eso, maldita?

—Sí, de él...

—Y te atreves... ¡Oh, no vuelvas con ese hombre, o te juro que lo mato! Y a tí...

Thomas iba a brutalizar de nuevo a Clavelillos, pero la oportuna y casual intervención del patriarca se lo impidió.

Más sereno, Thomas le dijo a ella:

—Bien... Vete y veremos lo que pasa.

Clavelillos subió a su habitación. Thomas quiso seguirla mas «El Rana» y «El Mochales» previendo el peligro que representaba una disputa a solas con ella, tal como estaba Thomas, le cerraron el paso.

Entonces, Thomas, viendo que la fidelidad

entre los suyos ya no existía, se resolvió a disolver la banda.

—Vamos a separarnos, muchachos—les dijo—. Vosotros sois ya personas decentes... no sois de mi clase. Tomad el dinero y os lo repartís... En cuanto a mí, me quedo con las



Thomas iba a brutalizar de nuevo a Clavelillos, pero...

alhajas. ¿Conformes?

—No necesito nada—dijo «El Rana»—. Tengo un tesoro mayor: un hogar y una madre.

—Igual digo—respondió «El Mochales»—. No necesito ese dinero. Mi chiquilla jamás se casaría con un ladrón.

Clavelillos aparecía por la escalera de las

habitaciones altas de la casa a la par que Ricardo se acercaba a la casita.

Thomas, ocultando su odio hacia aquel hombre, dijo a aquélla:

—Aquí viene el novio... Prepárate, gentil doncella, prepárate para recibirle...

Ricardo entró en la casa y saludó a todos con su afabilidad habitual, dirigiéndose luego, amorosamente, a Clavelillos.

Thomas le dijo entonces:

—Tenemos como una sospecha que se va usted a llevar de aquí a nuestro manojito de Claveles.

Ricardo sonrió...

—¡Qué buena suerte tiene ella! —añadió Thomas a Ricardo, y a Clavelillos —: ¡Qué buena suerte le espera a él!

Ella no hizo el menor gesto que pudiera delatar su estado de ánimo y con Ricardo salió de la casa.

Thomas quería seguirlos, mas, de nuevo, sus antiguos camaradas se lo impidieron con sus cuerpos.

Fuera, Ricardo dió a leer a Clavelillos el siguiente papel:

*Ten valor, Ricardo. No te vayas esta vez sin declararte. Es la única mujer que puede hacer tu felicidad. No seas tímido y díceselo así.*

*Clara.*

Clavelillos esperaba este momento y miró, agradecida, a Ricardo, con piedad, por el dolor que ella iba a causarle, pues iba a contestarle que no le podía querer.

—Yo estoy seguro de saber hacerla feliz... ¿Qué me contesta usted, Carmen?

—Yo no soy la mujer que usted merece, Ricardo. Algún día encontrará usted a esa mujer que le hará feliz...

Ricardo, dolorosamente desengañado, musitó:

—Como usted, jamás.

Ante la tristeza del hombre que tanto la amaba sin ella ser digna de su cariño, le confesó:

—No quiero que se vaya usted con la creencia de que jamás encontrará una mujer como yo... al contrario, quiero que sepa que soy una embustera, una mujer falsa...

Y al hombre que la adoraba y había hecho de ella su ideal más puro, reveló la atroz impostura, entre sollozos de un alma desesperada...

Ricardo, emocionado, preguntó a Clavelillos:

—¿Sigue usted amando a ese hombre, Carmen?

—...Sí...

—¿Y él la quiere a usted?

—...Sí... a su manera...

—Bien, Carmen... yo sólo deseo que sea usted muy feliz...

—¿Me perdona usted, Ricardo?

—Sí, y lo que es más, su recuerdo vivirá siempre conmigo. Sea usted buena. Ese hombre, tal vez ahora, sepa cómo debe quererla.

—Gracias, Ricardo...

—Adiós, Carmen...

\* \* \*

Thomas estaba dispuesto a matar a Ricardo y con tal objeto le esperó en el camino por donde había de pasar.

Antes de que él le hablase, Ricardo dijo a Thomas, celebrando encontrarle:

—¿No puede usted arreglarse para perma-

necer aquí siempre y tomar a su cuidado todo lo relacionado con esta obra?

—No me es posible. En cambio, a usted...

—No... Jamás volveré aquí en mi vida ni veré a ninguno de ustedes.

—¿Se marcha usted ya, pues?

—Sí... He preguntado a Carmen si quería ser mi esposa... y ha rechazado.

—¿Ha rehusado *casarse* con usted?

—Sí, amigo mío... Hágala usted feliz... Solamente usted en el mundo puede hacerlo. Adiós.

—... Adiós...

Thomas, que empuñaba su revólver en un bolsillo, se arrepentía de sus celos infundados... y un hilo de luz se infiltró por primera vez en aquella conciencia sombría. Y pensó que Clavelillos había obrado bien... lealmente. Hasta «El Mochales», aquel desventurado naufrago de la vida, sin fuerzas y sin voluntad, había obrado bien, con estricta lealtad, con todos los demás y consigo mismo.

Todos, todos habían obrado justamente, con lealtad e inteligencia. Todos menos él...

*Más fácil es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un ambicioso entrar en el reino de los cielos.*

Remordiéndole la conciencia su punible conducta, Thomas fué a pedir perdón a Clavelillos y ésta, que ansiaba dárselo, le contestó:

—Seamos buenos, Thomas... El dinero de nada sirve...

Thomas lloraba sin poderlo remediar. Esta vez su arrepentimiento llegaba a lo más hondo de su ser.

—Claveles, tesoro mío. Te juro que más de



—Seamos buenos, Thomas... El dinero de nada sirve....

una vez me asaltó la idea de casarme contigo... pero todas las veces la rechazaba avergonzado.

—Thomas, soy tuya, tuya. ¿Lo has dudado algún día? Siempre fui tuya y lo seré por toda la eternidad.

—Vamos a ser muy felices... sin ese dinero que daremos a los pobres del mundo...

Renacida la calma en todos los espíritus, «El



—Vamos a ser muy felices... sin ese dinero que daremos a los pobres del mundo...

Rana», «El Mochales y Clavelillos y Thomas rodearon al patriarca.

—Si pudiéramos solamente decirle todo el bien que ha hecho por nosotros—dijo Clavelillos.

Y «El Rana» añadió:

—Este hombre oye, entiende y ve más que todos nosotros juntos. Si lo habéis dudado un solo momento es que sois más locos que un cencerro.

Y como si aquel Santo hubiera aguardado aquel instante de su triunfo y de su victoria para abandonar la tierra, cerró con sus párpados; para siempre, aquellos ojos inexpresivos que tanto mal vieron para convertirlo al bien.

Y todos le lloraron como se llora a un padre, con desconsuelo.

Y prometieron ser buenos para honrar su memoria, amándose unos a otros, y haciendo el bien al prójimo.

FIN

Prohibida la reproducción)

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

PRÓXIMO NÚMERO

la preciosa comedia dramática

# Risas y lágrimas

interpretada por la simpática

## BETTY BALFOUR

llamada la MARY PIKFORD inglesa

**Emoción :: Interés :: Sentimiento**

---

Postal fotografía:

## ELLIOT DEXTER

---

La Novela Semanal  
Cinematográfica

SALE TODOS LOS MIÉRCOLES

Precio: 25 céntimos

## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor, 6 ediciones. 2, El Valle Florido, 3 ediciones. 3, Amor de madre, 3 ediciones. 4, La Virgen de las Rosas, 3 ediciones. 5, La culpa ajena, 3 ediciones. 6, De hombre á hombre, 3 ediciones. 7, Una mujer, 3 ediciones. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario), 3 ediciones. 9, Desinterés, 3 ediciones. 10, El Hábito, 3 ediciones. 11, Jimmy Sansom, 3 ediciones. 12, La primera novia, 3 ediciones. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 ediciones. 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 ediciones. 15, La tormenta, 3 ediciones. 16, Flor de amor, 3 ediciones. 17, La Pantera Negra, 2 ediciones. 18, Bajo dos banderas, 2 ediciones. 19, Corazón de lobo, 2 ediciones. 20, Sueños juveniles, 2 ediciones. 21, El mundo y la mujer, 2 ediciones. 22, Corazones humanos, 2 ediciones. 23, El premio gordo, 2 ediciones. 24, La desconocida, 2 ediciones. 25, Robín de los bosques (extraordinario) 2 ediciones. 26, La Verdad Desnuda, 2 ediciones. 27, El octavo no mentir, 2 ediciones. 28, Cleo la francesita, 2 ediciones. 29, La hija del pasado, 2 ediciones. 30, La chica del taxi, 2 ediciones. 31, La hija de los traperos, 2 ediciones. 32, El príncipe escultor 2 ediciones. 33, Llovido del cielo, 2 ediciones. 34, Mujeres frívolas, 2 ediciones. 35, Al calor del hogar 2 ediciones. 36, Sapho, 2 ediciones. 37, Directo de París, 2 ediciones. 38, Lo que vale una mujer, 2 ediciones. 39, El Valle de los Gigantes, 2 ediciones. 40, La sombra del padre, 2 ediciones. 41, Madame Morland (extraordinario), 3 ediciones. 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 2 ediciones. 45, El delincuen-

te 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro, 2 ediciones. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario), 2 ediciones. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 ediciones. 54, No me olvides, 2 ediciones. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 ediciones. 58, La Bohème (extraordinario), 3 ediciones. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas 4 ediciones. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario), 3 ediciones. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou, 67, La Famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El Secreto de Polichinela, (extraordinario). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extraordinario). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extraordinario). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84; Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla; (extraordinario). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las sentencias del Destino, (extraordinario). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa, (extraordinario). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa? 101, La Casa de la Selva (extra). 102, La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERÁ). 103, En busca de la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puñao de rosas. 107, El Milagro, (extraordinario).

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Norman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Orborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GULMERA (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson.